

LIBRO SEXTO.

CAPITULO XXIX.

SIN NOMBRE NI RANGO.

PASEÁBASE muy agitado en sus aposentos el príncipe de Condé. Tenía la frente anublada, la mirada triste, levantando á veces la mano, como para disipar un velo que la empañaba.

—Es preciso, decía. No veo otro medio de salvarle de los lazos que le tienden sus enemigos y amigos. Que parta, y al punto.

Tocó una campanilla y dijo al criado que se presentó, fuera en busca del muchacho que habian traído el día anterior. Y á poco, en efecto, entró en el cuarto un jovencuelo de diez á doce años de edad, con grandes ojos azules, el cabello rubio, las formas graciosas y la complexión delicada. Conmovióse profundamente Condé á su aparición, le recibió con los brazos abiertos, le estrechó fuertemente en su pecho y le besó en la cabeza y en los ojos.

—Seais bien venido, le dijo en voz trémula. Mucho he deseado este momento y me colma de felicidad. Estais en salvo, gozais de libertad, volveis á la vida, y espero que la suerte os guarda un brillante porvenir.

—Yo tambien me alegro mucho de veros, querido primo, contestó el muchacho en voz dulce y argentina. Ansiaba este momento para agradeceros todo lo que habeis hecho por mí, pues á vos debo la libertad y la vida.

—No me llameis primo, repuso el príncipe agitado, cambiando repentinamente de tono y de aspecto su semblante poco há gozoso.

—¿Os pesa ya de haberme visto? le preguntó el muchacho que habia fijado sus ojos azules en el príncipe y observado con sorpresa el cambio operado en su semblante.

No contestó él al pronto, sino que continuó sus paseos arriba y abajo, y luego parándose delante del muchacho, le dijo:

—Sentémonos y hablemos. Deseo saber, agregó luego que le hizo sentar en un almohadon, si teneis buena memoria, porque me han dicho que habeis padecido mucho de la cabeza y que habeis olvidado. . . .

—He guardado silencio sobre lo pasado, le interrumpió el jóven con ligera sonrisa, segun se me ha ordenado, pero no he olvidado nada.

—¿Os acordais de vuestra madre?

—Señor, repuso él temblándole la voz y despues de haber enrojecido y palidecido sucesivamente, ¿cómo es posible que yo olvide á mi querida madre la reina? No me amaba ella con delirio? Ah! A saber la pena que me causais creo que no me hubierais hecho esa pregunta.

—Os ruego me perdoneis, dijo el príncipe desazonado. Veo que no la habeis olvidado. A otra cosa. ¿Qué os sucedió en la prision? cómo se llamaban vuestros guardianes?

—Mis guardianes eran el maestro Simon y su mujer, ambos de la mas baja extraccion y muy crueles.

—¿Cómo os trataron?

—Muy mal, siendo lo peor, que querían que yo cantase canciones indecentes sobre mi madre.

—Las cantabais?

—Nunca! repuso el muchacho en tono y ademán fogosos. Antes habria muerto que tal hiciera.

—¿Y cómo escapasteis de manos de esas gentes?

—Tan bien como yo lo sabeis, príncipe de Condé; contestó sonriendo el jóven. Por vos me veo libre.

—Pero decidme vos la historia, los pormenores. Contribuí, como suponeis, á vuestra soltura, mas no me hallé presente.

El muchacho refirió en breves palabras la manera cómo salió del Temple, cómo puesta la canasta en el carreton de una lavandera partieron de Paris y no cesaron de correr hasta llegar á una aldea, cuyo nombre ignoraba; que allí le sacaron de la incómoda posición en que iba, descansaron un poco en una casa y cambiaron de traje él y su conductor.

La supuesta lavandera, continuó, no era otro que el marqués de Jarjayes, el cual juntamente con Toulan, llevó á efecto el plan de fuga. Despues de cambiar de trajes entraron en otro carruaje y anduvieron todo el día, descansando el tercero en una segunda casa.

—¿Os dijeron á dónde os llevaban?

—Sí, me dijo Jarjayes que el príncipe de Condé era mi protector y salvador, que él habia proporcionado los fondos, y que yo debía permanecer oculto en alguno de sus palacios hasta que llegase el tiempo de que se me pudiese reconocer públicamente. Me recomendó el marqués que no hablase palabra de lo pasado, que no mencionase nada concerniente á mí ni á mi familia, y que si no seguía sus instrucciones al pié de la letra, volvería á caer bajo el poder de Simon y ser la causa de la muerte de mi hermana Teresa y de mi tia Isabel. Hé aquí la razon de mi mudez.

—Lo entiendo. ¿A dónde os llevó Jarjayes?

—A uno de los palacios del príncipe de Condé, en la hermosa y leal Vendée. Me agradó mucho ese sitio y me rodearon personas muy amables. Se propagó que yo era sobrino del príncipe, y que á causa del mal estado de mi salud, se me habia enviado al campo. Me nombraron preceptor para que me diera lecciones y el valiente general Charette vino á palacio varias veces á verme. Siempre me trató con la mayor política y amabilidad. Me rogó un día le acompañara á pasear por el jardin. Hicelo así, y apenas entramos en una senda estrecha y sombreada de árboles, se echó á mis plantas de rodillas, me dió el tratamiento de magestad, dijo que sabia muy bien que yo era el rey de Francia, á quien el noble príncipe de Condé habia salvado de la prision.

—¿Diablo! exclamó este. Nuestros caros amigos son s'empre nuestros peores enemigos.

—El general me conjuró le confesase, continuó el jóven sin hacer caso de la murmuración del príncipe, que yo era el hijo del rey Luis,

que debía seguirle, permanecer con sus tropas, las cuales me reconocerian desde luego y me proclamarían rey de Francia.

—¿Y qué contestasteis?

—Señor, replicó el muchacho con fuerza, ya os he dicho que prometí al marqués no divulgar nada respecto de mí mismo hasta tanto que vos me facultaseis para ello. Nada pues declaré á Charette, díjele si que estaba en un error, y que yo no tenia derecho á otro honor que el de llamarme sobrino del príncipe de Condé.

—Dijisteis eso? preguntó este asombrado.

—No sabia entonces, añadió el mozo con un movimiento de orgullo, que no le era agradable mi parentesco con el príncipe de Condé.

—Continuad. ¿Qué hizo el general Charette luego que le desengañasteis de esa manera?

—Al principio me rogó, me lloró y me instó confiara en él, y que depusiera mi incógnito ante el mas leal y bueno de los realistas. Pero como yo me mantuviese firme, él se enojó, me echó de sí, me amenazó con el puño y juró que se vengaria de los que le habian engañado, declarando que yo no era Borbon, porque el hijo de mis padres no podia ser tan débil y cobarde que ocultase su nombre y estirpe.

—¿Y guardasteis silencio á despecho de sus exigencias?

—Sí, señor, no obstante su dolor é incomodidad, le dejé en la creencia de que habia padecido error, ó mas bien, de que le habian engañado.

—Ah! exclamó Condé, claro es que os habeis templado en la escuela de la adversidad. Los años de padecimientos deben contarse dobles en vuestra vida, porque á despecho de vuestra edad, que no pasa de los doce, habeis obrado como hombre.

—Señor, los Borbones á los quince llegan á su mayor edad, y segun las leyes de Francia, á esa pueden gobernar. Desde pequeñuelos, pues, deben empezar á aprender el arte. Tal era la opinión de Maria Antonieta, quien me enseñó á leer desde los cinco años. Durante los dos que he vivido oculto en vuestro palacio de la Vendée, habeis echado los fundamentos en que puede descansar la estructura de mi vida. Gracias á los maestros que me habeis dado he podido recordar mucho de lo que habia olvidado en mi larga encarcelación.

—Vuestros preceptores, segun estoy informado, encomian vuestra aplicacion y se prometen mucho de vuestro talento. Conoceis varias lenguas y se os ha instruido en el arte de la guerra y en la ciencia de las matemáticas.

—Es decir, en los estudios de los reyes y soldados.

—Temo que no habeis emprendido dichos estudios, para hacer su aplicacion entre soldados, observó Condé suspirando. Oscuro es el porvenir que os aguarda, si, mas oscuro que cuando salisteis del Temple. Los dos años trascurridos han puesto de peor condicion vuestro destino. Por fortuna los habeis pasado en la soledad y el secreto, dando tiempo á concluir vuestra educacion. Seria una dicha para vos poder continuar así algunos mas. Pero os han buscado sin descanso vuestros enemigos, ya están en vuestra pista y á dejaros por mas tiempo ahí, se os hubiera encontrado en el parque el día ménos pensado muerto de un tiro ó una puñalada. Me ha informado el mayordomo que

observa de algun tiempo á esta parte en las cercanías del palacio y del jardin, mas de un individuo de carácter sospechoso, los cuales, se me figura, son los emisarios de vuestros enemigos. Por eso, os he sacado del palacio y os he traído aquí como lugar de mas seguridad. Ahora bien, ¿sabeis quiénes son vuestros enemigos?

—Creo conocerlos, dijo Luis Carlos con triste sonrisa. Mis enemigos son los mismos, spongo, que condujeron al cadalso á mi padre y á mi madre, los que han destruido el trono y el altar y han puesto el gorro colorado á la Francia. Mis enemigos son los republicanos, que ahora gobiernan el país, cuyo primordial objeto debe ser quitarme del camino, porque mi vida es su muerte. Francia se cansará algun día del gorro colorado y devolverá el trono á aquel á quien le pertenece, tan pronto como esté cierta de que vive el que tiene derecho á llevar la corona.

—¿Y quién creéis que tiene derecho á llevarla?

—Me preguntais como si yo no fuese el único hijo del rey de Francia asesinado.

—El único hijo, decís bien, pero no el único heredero. Hay quien os disputa la herencia. Aun cuando se proclamase en Francia de nuevo la monarquía, se haria cualquier cosa por alejaros del trono á vos, el hijo de Luis XVI y ponerle la corona á otro.

—Señor, si la monarquía surge, la corona me pertenece, y no veo quién le la dispute.

—Vuestros enemigos, os repito; no los que habeis nombrado, sino otros de cuya existencia no teneis sospecha, parece, los realistas.

—Cómo! ¿Llamais enemigos míos á los realistas?

—Parte de ellos son vuestros poderosos, incansables enemigos. ¿No reparais que aun aquí no me atrevo á daros el tratamiento á que sois acreedor, porque temo me oigan las paredes y se aumenten los peligros que os amenazan? ¿Queréis saber el nombre de vuestro mayor enemigo? El conde de Provenza.

—¿Qué decis? Mi tío, el hermano de mi padre, enemigo mio?

—Lo es, como lo fué de vuestra madre. Creedme, jóven, no fué el pueblo el que hizo la revolucion de Francia, fueron los príncipes, el conde de Provenza, el conde de Artois y el duque de Orleans. Ellos destruyeron el trono, ellos desprestigiaron la córte, ellos con sus libelos y escritos escandalosos, hicieron odioso el nombre de Maria Antonieta. A ello los impelió el odio, el deseo de venganza, la propia ambicion. La reina logró reconciliar á su marido con la política Austriaca, hazaña que no le perdonaron jamas el de Provenza ni el resto de la familia real. ¿Posible es que perdone al hijo quien nunca perdonó á la madre?

—Permitidme dudar de que el ambicioso conde me dispute mi herencia cuando sepa que estoy vivo y la reclamo.

—No se hará caso de vuestra demanda; declararán que sois un impostor. Ah! No conoceis al conde. El quiere abrirse camino al trono, y si os atravesais, sin compasion ni escrúpulo, de seguro que os quita de en medio. De lo que digo estoy firmemente convencido, porque hace tres trato de cerca al príncipe. Me guardé de comunicarle el plan de vuestra fuga, y una vez efectuada, no me atreví á romper el

silencio. Sin embargo, habiéndose sabido, por noticias de París, que había muerto en el Temple, tras larga enfermedad, el muchacho que se puso en lugar vuestro, me aventuré á manifestar al conde de Provenza la verdad de los hechos. Dije que eran dignos de crédito los informes que me habían dado respecto á la liberación del Temple del rey Luis XVII, por servidores fieles y leales y que se hallaba en lugar de seguridad. ¿Quereis saber lo que me contestó?

—Os ruego me lo digais.

—Pues me dijo, os aconsejo, primo, no deis crédito á cuentos tan necios, ni os dejéis engañar por solapados bribones. Mi desgraciado sobrino ha muerto en el Temple, este hecho lo reconoce la república, se cree universalmente y nadie lo niega. Tras largos padecimientos el pobre niño sucumbió víctima de los crueles enemigos de la actual dinastía Francesa y llevamos luto por la muerte del rey Luis XVII. Y si á alguna cabeza destornillada le ocurriese el pensamiento de resucitar el difunto muchacho, yo sería el primero á desconocerle y á delatarle ante el mundo como impostor. Veis por lo tanto que tuve razón en llamar al conde vuestro enemigo y en no comunicarle el secreto de vuestra fuga.

—Lo veo.

—Oídme. Ha pocas semanas me llamó el príncipe á su presencia y desde luego, por su siniestra cara y chispeantes ojos, comprendí que había recibido malas nuevas. No tardé en confirmar mis conjeturas. Sin mas ni mas me preguntó con su voz aguda y chillona qué especie de sobrino era el que yo tenía educándose en mi palacio. Por medio de uno de sus espías le había participado el general Charrette que se corría en la Vendée, que el supuesto sobrino era el rey Luis XVII, el cual yo había ayudado á salir del Temple. El mismo general lo había creído al principio, y, según me aseguró el príncipe, fué á mi palacio con el objeto de ver por sí lo que había de cierto en el rumor. Allí se convenció que el fingido sobrino no se parecía á Luis Carlos, á quien había visto una vez en las Tullerías.

—No en vano me juró que se vengaría.

—Bien se ha vengado, declarando públicamente que Luis XVII murió en el Temple. Ha hecho mas, á la cabeza de sus tropas ha proclamado rey á Luis XVIII, esto es, el conde de Provenza. Este mismo me participó la ocurrencia y me aconsejó que reconociera abiertamente á mi joven soberano, ó bien que le alejara de mi lado. Ante todo, añadió, andad sobre aviso y no os dejéis engañar por aventureros é intrigantes. Se sabe que fuisteis uno de los partidarios constantes de María Antonietta, y muy bien puede suceder que os quieran hacer creer que en efecto se salvó del Temple el pobre Luis Carlos. ¿Con qué fin? Con el de sacaros mas dinero del que os han sacado para efectuar su soltura. No creais en cuentos de bribones, os repito, ni esperéis que yo los crea. Soy el legítimo rey de Francia, soy Luis XVIII, y estoy resuelto á declarar impostor y á que se castigue como criminal á todo pretendiente que aspire á pasar por Luis XVII. Tened presente mis palabras y haced entender á vuestro misterioso sobrino que no le conviene representar una comedia, porque de seguro ter-

mina en tragedia. Comprenderéis ahora la razón de traerlos aquí tan repentina y calladamente.

—Entiendo, dijo Luis Carlos suspirando, entiendo que me hubiera estado mejor morir como mis padres.

—Debemos aplazar el cumplimiento de vuestras esperanzas, continuó diciendo Condé. Por lo pronto no veo camino franco ni seguro. Dos partidos opuestos os amenazan. Si yo, arriesgándolo todo, os llevase á alguna corte Europea y os presentase á su soberano, pidiéndole protegiera vuestros derechos, no me creerían, protestaría la república Francesa, protestaría el conde y os desconocería la Europa toda. Por ende, para ponerlos á cubierto del puñal de vuestros enemigos, es absolutamente necesario que desaparezcáis por algun tiempo y esperéis en paciencia el día en que nos sea dable traerlos de nuevo á la escena.

—¿Creéis que he habré de esperar mucho?

—No, al ménos, no lo espero. La mayor dificultad al presente es ponerlos en lugar seguro. Con sentimiento grande no puedo retenerlos á mi lado, porque mi familia es bien conocida y me sería imposible pasar como sobrino un joven de vuestra edad. Confieso que me ha costado larga cavilación el buscaros un asilo.

—¿Lo habeis encontrado al fin?

—Creo que sí. Preciso es llevarlos á donde no sospechen siquiera que podeis estar.

—¿Y qué lugar es ese?

—Maguncia.

—¿Maguncia? repitió el muchacho alzando los ojos que los había bajado seguramente para ocultar sus lágrimas. ¿No es ese el castillo sobre el Rin de que acaban de apoderarse las tropas de la república?

—El mismo. Su comandante, jefe de las tropas, es el general Kleber, uno de los soldados mas valientes y nobles de la república.

—Por cierto que es bueno el asilo que me reservais.

—No es ni con mucho tan malo como suponéis, mi joven amigo. El general Kleber es de corazón un verdadero realista. Si sirve á la república la causa es, porque ante todo es soldado, soldado de su patria, la cual hoy mas que nunca necesita de sus hijos que defiendan su honra y su gloria. He despachado cerca de Kleber á una persona digna de confianza, para comunicarle este secreto y pedirle protección y sitio de refugio para vos. El general está corriente y ha enviado uno de sus ayudantes de campo á Coblenza para que os acompañe á Maguncia en calidad de sobrino suyo. Si consentís á recibirle como tío, decidlo, y partireis para Maguncia.

—Y ¿si yo no diese mi consentimiento?

—Confieso que no estoy preparado para semejante contingencia, ni me es posible abarcar de momento todas las malas resultas que son de seguirse de vuestra negativa.

—Calmaos, Condé, no me niego. Solo me ocupo de no causaros daño, ni seros gravoso. El hijo del rey desapareció para aparecer como sobrino de Condé, nada tiene de particular que desaparezca á su vez para resollar como sobrino del general Kleber. ¿Quién sabe si todavía no me hacen sobrino de Simon el zapatero, para subir á la guillotina?

—Me prometo que no, por el contrario, creo firmemente que cuando la Francia vuelva en sí y sacuda los que ahora la infaman y anegan en sangre, se os reconocerá como hijo de Luis XVI, y legítimo heredero del trono.

—¿Pero qué hacer si el conde de Provenza me declara impostor?

—Entonces habrá que apelar á la misma Francia de una manera pública y solemne, habrá que presentar las pruebas de vuestra genealogía, llamar testigos intachables y reclamar el trono con la fuerza y la energía del que pide lo que es suyo. Y creedme, si el corazón de la Francia es el que ha de escoger entre vos y el conde de Provenza, no escogerá á él, porque no posee el amor del pueblo y porque Dios es justo.

—Dios es justo, y sin embargo, mis padres perecieron en la guillotina, un hermano del rey disputa al hijo el trono de Francia y ese hijo no encuentra amparo sino á la sombra de un general de la república, enemiga de la monarquía.

—Cierto, es muy difícil á veces descubrir la justicia de Dios, no por eso hemos de negarla. La hora del juicio vendrá. Tengo aquí todos los documentos que se refieren á vuestra fuga, las declaraciones juradas de los que han intervenido en ella, además, una relación detallada de vuestra escapatoria, que he suscrito y sellado con mi sello. Conservo además el testimonio de los maestros que os han dado lecciones en mi palacio de Chambord, con el registro del superintendente del día de vuestra llegada. Voy á entregaros estos papeles, pero antes exijo me prometáis que no hareis mal uso de ellos, sino que se los dareis al general Kleber para que los guarde en lugar seguro.

—Prometo obedeceros fielmente.

—Aquí se encierra vuestro porvenir, continuó Condé dando al joven un paquete bastante voluminoso. Me prometo que dentro de esos papeles hallareis un día la corona de Francia. El general Kleber ha enviado por vos y en el cuarto inmediato os aguarda su ayudante de campo. Otro consejo, si os place, y concluyo. Permaneced firme, resistid todo tentador, que con palabras melifluas, se proponga induciros á confesaros rey de Francia. Estad seguro que esos tentadores no serán otros que los emisarios de vuestros enemigos, y de que declararles quién sois equivale á decretar vuestra propia sentencia de muerte. La bala que perdone al sobrino del general Kleber, atravesará el corazón del sobrino del conde de Provenza. Comportaos con todos como os habeis comportado con el general Charrette, y jurad que guardareis el secreto de vuestra ascendencia hasta tanto que yo os releve de vuestro juramento.

—Príncipe de Condé, repuso Luis Carlos con solemnidad, vos me habeis salvado la vida, os pertenece pues, y os la entrego jurando por la memoria de mis padres, que guardaré fiel y lealmente el secreto de mi origen y que no lo revelaré por ninguna circunstancia hasta que me faculteis para ello.

—Gracias, dijo Condé. Ahora no me inspira recelo vuestro porvenir. Por lo pronto, el general Kleber y la república Francesa, os protegerán contra el peligroso pretendiente, y confío en la divina Providencia, que ya llegará

el día en que Francia eleve al trono por sí misma á aquel á quien de derecho pertenece. Y ahora, al separarnos, doblo la rodilla ante mi joven rey, y por Dios Todopoderoso y la memoria de vuestros reales padres juro no reconocer como rey de Francia á ninguno otro príncipe, mientras vivais vos, Luis XVII, y si quebranto este mi juramento, espero que me acuseis por traidor y me condeneis á muerte. Juro, por último, someterme á esta pena sin protesta ni queja.

—Y yo, príncipe de Condé, acepto vuestro juramento, contestó con aire solemne Luis Carlos. Parto al destierro, pero espero en Dios que no tendré ocasion jamas de recordaros vuestras palabras. Adios. Mi corona descansa en vuestros hombros.

—Y se encierra en esos papeles, Sire. Entregádselos al general Kleber, que él los conservará como cosa sagrada.

Besó la mano del infante y luego llamó al oficial. Este no tenia ni sospecha de lo importante que era la misión que se le había confiado. Por el contrario, su comandante el general Kleber, estaba en el secreto, aunque no mostró que lo sabia sino por la suavidad de maneras, el tono amistoso y la gentil sonrisa con que recibió al sobrino en Maguncia.

Y allí, Luis, como siguió llamándole Kleber, permaneció algun tiempo, en el cual se ganó el corazón del tío y fué su amigo inseparable. Dormian en el mismo pabellón, comían en la misma mesa. El sobrino acompañaba al tío á todas las paradas y ejercicios militares, con lo cual y con algunas lecciones de táctica que de este recibió, bien pronto se hizo un soldado completo.

Pero ni por sus acciones, ni por sus palabras se descubrió jamas que él era otra cosa que el sobrino del comandante en jefe de la ciudadela de Maguncia. Por tal le tuvo siempre la guarnición Francesa de la misma, sin que nadie se imaginase que otros eran su nombre y posición social.

CAPITULO XXX.

EL BARON DE RICHEMONT.

PASARON semanas, pasaron meses, pasaron años, y sobre el nebuloso horizonte de la Francia se levantó una nueva constelación, un guerrero armado de punta en blanco, uno solo; pero tal, que ante su presencia tuvieron que doblar la cerviz millones de seres humanos, y que, como la divinidad de la guerra, no tardó en regir los destinos de las naciones y de los príncipes.

Ese hombre era el general Bonaparte, aquel mismo que al ver el asalto de las Tullerías en los primeros días de la revolución, dijo que sentía el rey no barriese la canalla con metralla. En el sitio de Tolon, en las recias luchas de los aliados contra la república, y en la campaña de Italia de 1794, de tal modo se había distinguido Bonaparte, que fijó las miradas del gobierno Frances, y nadie extrañó que le diera su mano la viuda del general Beauharnais, la bella Josefina.

Fué este matrimonio un manantial de felicidad y satisfacción para Bonaparte, porque Josefina era amiga de Barras y de Tallien, los

magistrados principales de la república entonces, y por su influencia le nombraron general en jefe del ejército Frances en Italia, cuyos cuatro cuerpos mandaban Massena, Augereau, Serrurier y la Harpe, cuando solo contaba 26 años de edad. El padre de Junot, finado duque de Abrantes, escribía á su hijo, á la sazón en ese ejército:—¿Quién es el general Bonaparte? ¿Dónde ha servido? ¿Quién le conoce? Y Junot, leal amigo y admirador de Bonaparte, contestaba á su padre:—Me preguntais quién es Bonaparte? Pudiera contestaros, para satisfacer vuestra pregunta, vos debiais ser él. Lo único que puedo decir, por lo que he podido juzgarle, es, que es uno de aquellos hombres cuyo nacimiento cuesta un gemido á la naturaleza y que solo nacen de siglo en siglo.

Si no hubiese replicado Junot á su padre, las hazafas del joven general lo hubieran hecho por él; porque muy pronto en Francia, en Italia, en toda Europa no habia persona que preguntase,—quién es el general Bonaparte. Su nombre estaba en boca de todos, los soldados le adoraban, los diplomatas y estadistas admiraban al que habia tomado á Venecia y habia compelido á la orgullosa y odiada Austria á hacer la paz con la república que habia decapitado á la hija de Maria Teresa.

Temerosos de él los republicanos y el Directorio le relevaron del mando en jefe del ejército de Italia, luego que se firmó la paz con el Austria y le dieron por cuartel á Paris. Aun aquí no se calmó el temor de los Directores, y para alejarle y dar ocupacion á su espíritu inquieto y espléndidas facultades, le propusieron pasar á Egipto con un ejército y extender los dominios y la gloria de la Francia en el Oriente.

Entró en la empresa Bonaparte con la impetuosa propia de su carácter fogoso. Para ello, llamó en su ayuda los mas hábiles, valientes y célebres generales del ejército Frances, entre los cuales no podia dejar de contarse á Kleber, acompañando á este, como era de esperarse, Luis, su sobrino y primer ayudante de campo.

El 19 de abril de 1798, zarpó la flota Francesa del puerto de Tolon con rumbo al Este, porque, como dijo el general en jefe de las tropas:—Solo en el Oriente se encuentran los grandes dominios y las grandes hazafas, en el Oriente, donde viven seiscientos millones de hombres.

Pero esos millones de gentes no tenían ejército comparable con el Frances, ni comandantes como Bonaparte, ni generales como Murat, Junot, Desaix, y, sobre todo, Kleber. Este último iba de segundo, participando de sus peligros y victorias, su sobrino Luis, joven de 14 años, que, por su talla elevada y escueta, por su gravedad y penetracion, cualquiera le habria creído de 18, y que, probado en la escuela de la desgracia pertenecia á aquella clase de hombres que parecen nacidos para luchar con la adversidad y vencerla.

En la mañana del 2 de julio habia desembarcado el ejército Frances en las playas de Alejandria, cuya ciudad le abrió las puertas, sin que pudiera impedirlo la escuadra Inglesa, la cual llegó muy tarde. Despues marchó á la conquista del país, en tres divisiones, una

de las cuales mandaba Moraud, otra Bon y la tercera Kleber.

Era el plan de Bonaparte, sacar de las ruinas del antiquísimo Egipto, un Egipto nuevo, que fuese tributario de la Francia como en un tiempo lo fué de Roma. De batalla en batalla y de victoria en victoria, dominó todo el territorio, y sentando sus reales en el Cairo, emprendió la obra colosal de la regeneracion. Pero no aceptó el Egipto sin fiera y porfiada lucha, con el yugo, los tesoros de la civilizacion del vencedor. Rebelóse una y otra vez. Los Mamelukos primero y luego los Beduinos hasta en las puertas de Cairo vinieron á desafiar el poder de los conquistadores, y hubo que repeler sus ataques, y, en fin, que aniquilarlos hasta el último hombre.

Despues de esta época hubo alguna quietud en Egipto. Por medio de la matanza logró el conquistador inspirar miedo, y pudo Bonaparte continuar su carrera victoriosa. Se encaminó á la Siria llevando consigo á Kleber y al joven edecan de este, el triste Luis, quien pudo presenciar allí los horrores de la guerra, la conquista de las ciudades El Arish y Gaza, y tomar parte en el asalto de Jaffa. Cuando Bonaparte visitó el hospital de los apestados en esta última ciudad, Luis concurrió con su tío, quien notó cómo el rostro del joven, tan sereno y tranquilo en el campo de batalla, se cubrió de una palidez mortal.

Cuando volvieron al cuartel general Kleber preguntó á su sobrino la causa de su emocion, y muy perplejo contestó que no sabia qué responder.

—No debisteis acompañarme al hospital, repuso Kleber. Yo no queria llevaros, pero insististeis con tales instancias que al fin tuve que ceder. La vista de los enfermos es capaz de meter miedo al mas bravo é indiferente á la muerte.

—No fué el miedo, general, lo que causó mi emocion. ¿No notasteis cómo acudí á ayudar al general Bonaparte cuando alzó del suelo y puso en la cama un pobre enfermo de la peste?

—Lo noté, Luis, y mucho me complacieron vuestro valor y abnegacion. De suerte que fué natural mi sorpresa cuando despues os ví palidecer y derramar lágrimas. ¿Qué os agitó tanto?

—Ni yo mismo sabia decirlo, general. Ambos nos hallábamos de pié junto á la cama de un hombre á quien acerqué un jarro de agua. El me fijó los ojos y con labios tembloros me dijo: Dios se lo pague y todos los santos y los ángeles os protejan. Estas palabras resonaron en lo íntimo de mi pecho y me representaron al vivo todas las cosas de un tiempo ya remoto. Se me figuró que de repente se abria una cortina oscura y que como en un ensueño maravilloso, contemplaba un brillante espectáculo.

En seguida, el joven edecan refirió á Kleber el pormenor de una extraña vision, en que se imaginó ver á una mujer hermosa y de soberano aspecto, la cual se paseaba por entre las camas de los enfermos con un niño y una niña de la mano. Que los enfermos, al pasar ella, se enderezaban en sus lechos y la saludaban con todo género de bendiciones. Uno solo de los enfermos no se levantó, ni movió en la ca-

ma, sino que se estuvo quieto gimiendo y suspirando. A este pues el niño, desprendiéndose de la mano de su madre, alcanzó un vaso de agua, en pago del cual, este enfermo imaginario, dijo las palabras que el verdadero le habia dirigido á él. La madre besó al niño por su buena accion, y Luis creyó sentir en su cabeza la caliente impresion de aquel tierno beso.

De la vergüenza y de las lágrimas el joven cesó de hablar y se cubrió la cara con las manos. Kleber volvió la suya á otro lado y se llevó la mano á los ojos como si una nube le impidiera ver, y luego poniéndola en los hombros de su edecan, que continuaba afligido, le dijo con ternura:

—Tales memorias son sagradas, hijo mio. No os avergonceis de recordarlas. Quiera el cielo que os alcancen las bendiciones que salieron de los labios de una mujer á quien conocí y honré siempre, pero cuyo nombre no ha de mencionarse entre nosotros. Quiera asi mismo el cielo que os protejan los ángeles y los santos, cuando los hombres no tengan poder para protegeros y cuando la suerte os separe de aquellos que os aman y aprecian.

—¿Qué quereis decir con eso, tío? le preguntó el joven asustado. Quereis decir que...

—¿Que debemos separarnos? Si, querido sobrino, tal es la significacion de mis palabras. Por largo tiempo la palabra separacion me ha atormentado el alma y fuerza es que la pronuncie. Si, Luis, tenemos que separarnos.

—¿Por qué? preguntó Luis con amargura. ¿Por qué vos tambien me alejais de sí? Vos, que me amais un poco....

—Precisamente porque os amo, me separo de vos. Desde que llegamos á Egipto veo que no gozais de salud, que os enflaqueceis y palideceis mas y mas cada dia. Habeis perdido las carnes y la tos recia y seca que os acomete todas las mañanas me inspira serios temores. Por eso, despues que los remedios de mi médico no han surtido efecto, consulté, como sabeis, el del comandante en jefe, Corvisart, que os ha examinado atentamente.

—En efecto, me ha tentado y examinado como el mercader de esclavos. Me aplicó el oído al corazón y me dijo que su padre habia sido médico de la córte Francesa y que tenia en él mucha confianza la reina guillotizada; á cuyas palabras latió con mas fuerza mi corazón, circunstancia que sorprendió á Corvisart.

—Pues el resultado de ese exámen, añadió Kleber con tristeza, es que debéis volver á Europa, Luis. Corvisart ha dicho que ese es el único remedio para un mal que ya ha tomado mucho cuerpo. Segun sus palabras, el clima de Egipto es un cuchillo que os asesina, y si no ha de acortarse vuestra vida ni condenaros á perpetua invalidez, es preciso que torneis á Europa lo mas pronto posible, y que nos separemos.

—¿Ah! ¿á quién volveré los ojos si vos me faltais? Quién se interesará por mí. No me alejéis, general. Creedme, prefiero unos pocos años de vida á vuestro lado, tranquilo y dichoso, que errar solitario y sin amigos por un mundo extraño y frio, donde nadie me ama, donde siempre me rodearán enemigos ó indiferentes. Quizas mi cuerpo gane salud y fuerza respirando el aire de Europa, pero mi corazón

siempre estará enfermo, porque habrá perdido su hogar cuando os haya perdido á vos, mi paternal amigo.

—Los pesares pasan pronto en la juventud. —¿Me decís eso, general, despues de haberme visto llorar porque las palabras de un moribundo me trajeron á la mente el recuerdo de mi nifñez? Mi corazón no olvida nunca sus pesares. Dejadme aquí, al abrigo de las alas de vuestro cariño, y no creais en las palabras del médico. La vida del hombre está en las manos de Dios y lo mismo se muere en Egipto que en Francia.

—No, Luis, es cosa decidida nuestra separacion y que volvais á la patria.

—Pero supuesta la necesidad de mi vuelta á Francia, ó á Europa, no veo la necesidad de separarnos. ¿Por qué no vamos juntos? Os oí decir ayer que habia listos varios buques con parte de las tropas para volver á Francia. ¿Qué os impide ir conmigo?

—Qué, preguntais? Os diré en dos palabras. Bonaparte me lo impide. Esto es secreto. De algunos dias á esta parte, despues de diez meses de completa incomunicacion, se han recibido malas noticias de la patria. Por periódicos vemos que se han perdido todas las ventajas ganadas en Italia, y se veia empeñada la Francia en guerra atroz con Austria, España, en una palabra, con todas las potencias Europeas, siendo lo peor que el gobierno se hallaba amenazado por las facciones internas, que llevaban el mismo camino de los jefes de la revolucion en el reinado del terror. Observé la cara de Bonaparte cuando leia los papeles y en ella vi claro su resolucio. El está decidido á partir para Francia.

—El no partirá sin vos, que sois su brazo derecho.

—Os engañais, Bonaparte se propone partir solo, esto es, en compania de unos cuantos subalternos nada mas. El ha dispuesto que yo me quede aquí en Egipto, donde he de morir. Chiton! no me contradigais. Hay presentimientos que no nos engañan. Esos son los mensajes que Dios nos envia para que nos preparemos y pongamos nuestra casa en orden. La mia ya está arreglada, es decir, he hecho mi testamento, que he entregado á Bonaparte, el mismo que me ha prometido llevarlo á efecto en debida forma. Solo me resta un cuidado, proveer á vuestro inmediato futuro, y hacer de modo que lleguéis á Francia.

—Insistís en ello? le preguntó Luis con tristeza.

—Insisto. No le volvais la espalda á vuestro porvenir y este confío en que será brillante. Todo indica que la Francia está cansada de la república y que se apresra á restaurar el trono. Joven, ¿caerá ese trono en manos del hombre que mas contribuyó á su caída, en las del calumniador y secreto enemigo de Maria Antonieta? Consentiréis en que el conde de Provenza sea rey de Francia?

—No, nunca, exclamó Luis con energía. Primero que tal suceda necesario es que haya muerto el legítimo sucesor Luis XVII.

—Luis Carlos Capeto murió en el Temple, así lo certificaron los médicos y lo declararon los empleados del mismo edificio, y esos documentos obran en los archivos del gobierno Frances. Hijo mio, á fin de impedir que el

sonde de Provenza reconozca como genuinos esos papeles, es necesario que os prepareis á presentar otros ante el mundo en que se prueba que no ha muerto Luis XVII. Esta sagrada ofrenda debeis á los manes de la desgraciada Maria Antonieta, aun cuando no hubiese por medio un trono y una corona.

—Teneis razon, toda mi vida será consagrada á ese santo objeto, á vengar á Maria Antonieta del mas cruel de sus enemigos. Vista la cosa bajo este punto, yo debo volver á Europa, á llevar los documentos que prueban que Luis XVII no murió en el Temple, sino que le libraron y vive y está en salvo.

—Dios quiera compensarnos por la pena que ahora nos tomamos. Aun nos quedan algunas semanas en que podemos estar juntos, aprovechémoslas en entendernos mejor uno y otro.

Bonaparte ántes de volver á Francia queria arrancar á la fama una nueva hoja de laurel, y esto lo consiguió en la batalla de Aboukir. En seguida hizo los preparativos secretos de su viaje. Sobre todo, no debía saberlo el ejército sino cuando ya hubiese abandonado el suelo Egipcio. Sin embargo, por mas que desease conservar oculta su partida, tuvo que franquearse con algunos y no hay para que añadir que Kleber fué uno de los primeros en saberla. Bonaparte tenia puestos en él los ojos para nombrarle su sucesor en el mando.

Kleber tan luego como supo la resolucio de su jefe, se fué á ver al general Desaix, su íntimo amigo, por boca de quien averiguó que él era uno de los escogidos para volver con Bonaparte á Francia. Larga fué la entrevista de los dos generales y al fin de ella Kleber y Desaix entraron en el pabellon de su edecan y sobrino putativo Luis. El segundo saludó con mucho respeto al jóven, quien, corrido del honor que le hacia tan distinguido general, le extendió la mano. Desaix la llevó á sus labios y la bañó con lágrimas á que no estaban acostumbrados sus ojos.

—General, exclamó Luis asombrado, ¿qué hacéis?

—Rindo el homenaje debido á la desgracia y al pasado, contestó Desaix, y la lágrima que vierto en vuestra mano es el sello de mi fidelidad y silencio en el porvenir. Jóven, juro que guardaré en mi corazon vuestro secreto como cosa sagrada y que defenderé con mi sangre los papeles que me ha entregado vuestro tío. Soy soldado de la república, la he jurado lealtad y debo cumplirle mi juramento; no puedo ser partidario, pero sí protector de la desgracia. Confíad en esto y aceptadme como amigo vuestro.

—Con mucho gusto, general, acepto vuestra noble oferta. Os trataré y amaré con la misma ternura y franqueza con que he amado y tratado al general Kleber, que ha sido padre, hermano, protector, todo para mí. Soy muy pobre en amigos, sin embargo, mi corazon es capaz de un gran cariño.

—Conservad, hijo mio, esa predisposicion benévola; dijo Kleber, poniendo la mano derecha en la cabeza del jóven edecan. Conservad la inocencia de vuestro corazon, porque si la suerte es justa, quizas sea ventajoso á una nacion que seais bueno y suave. Adios! Vais en el mismo buque que Desaix, el cual es probable que se haga á la vela esta noche. Mejor,

miéntras mas repentina la separacion ménos dolorosa. En Paris se olvidan pronto los pesares.

—Pero en Paris y en todo otro sitio á donde me arrastre mi instable destino, no olvidaré jamas que fuisteis mi bienhechor, mi segundo padre.

Se abrazaron tiernamente y permanecieron así por largo rato; luego se separaron para no volverse á ver en este mundo.

Aquella misma noche, en efecto, Desaix con su nuevo ayudante de campo y algunos otros, partieron del Cairo y fueron á amanecer á Alejandria. El 22 de agosto de 1799, hácia la una de la madrugada, zarparon del puerto ese dos fragatas Francesas, á bordo de las cuales iban Bonaparte, emperador del porvenir, Luis Carlos, rey del pasado. El último sin nombre, desconocido, descendiente de los monarcas de Francia, á los diez y seis años de edad, volvía á esa misma Francia, que parecia no recordar ya lo pasado, sus reyes, ni ocuparse de otro ser viviente que de la nueva estrella que se habia alzado en su horizonte.—Bonaparte.

El 25 de diciembre de 1799 la Francia saludó al general Bonaparte como primer Cónsul de la república. Abriase una nueva centuria y con ella el palacio de las Tullerías, desertado por sus reyes, abrió sus puertas á un nuevo poseedor. Allí instaló Bonaparte el gobierno y en la primavera se pasó á Saint Cloud, en compañía de Josefina. La nacion habia donado al primer Cónsul el parque de la reina Maria Antonieta, y en los mismos aposentos donde habitó esta con su hijo Luis Carlos y su hija Teresa, se hospedó Josefina con su hijo Eugenio y su hija Hortensia.

—Ah! Quién se hubiera quedado en Egipto! decía el delfin suspirando á menudo en el silencio de su cuarto. Habria sido mejor morir en extraña tierra, cuando brillaban sobre mi cabeza todas las estrellas de esperanza, que llevar aquí esta vida oscura y miserable y ver que palidecen una á una esas estrellas.

Sí, para el hijo de Luis XVI, no era esta una vana figura de retórica. Nadie se ocupaba, ni creía en él. Habia muerto en el Temple, hé aquí la cifra de la curiosidad general. Las gentes no se ocupaban de otra cosa que de la gloria y la grandeza del primer Cónsul. Tambien estaba en todos los labios la belleza y gracia de Josefina, rindiéndole el mismo homenaje que ántes rendian á Maria Antonieta. Al paso que el hijo del general Beauharnais, era el hijo adoptivo del gobernante de Francia, el hijo del rey debía mantenerse oculto, sin nombre, rango, ni título. El único que podía compararle era Desaix, sabedor de sus secretos y de sus padecimientos.

Al fin del año 1800 la fragata l'Aigle, á su vuelta de Egipto trajo un grueso paquete para el general Desaix. Contenia muchos papeles de valor, rollos de piezas de oro, piedras preciosas y perlas; así como un documento cerrado para el ayudante del dicho general. Este documento encerraba el testamento de Kleber, comandante en jefe del ejército Frances de ocupacion en Egipto, legando todos sus bienes á su antiguo edecan y supuesto sobrino Luis Carlos, á quien con eso daba la mayor prueba de cariño que podia darle.

—¡Un millon de francos! exclamó él cuando

Desaix le informó que tal era el montante de los bienes de Kleber. ¿Y qué hago yo con ese dinero? Si cada franco me trajese un hombre y puesto á su cabeza me apoderase de la herencia de mis padres, ya podia yo dejar de lamentar la muerte de mi amigo y protector á manos de un cobarde asesino. ¿Pero he de establecer tienda por el gusto de tener como parroquiano al primer Cónsul?

—Callad, jóven, replicó Desaix. El pesar os hace ser satírico. Comprendo que es negra vuestra suerte, pero dia vendrá en que sabreis apreciar lo que vale un millon de francos. Si no queréis seguir por mas tiempo la vida de soldado, ese dinero os ofrece la oportunidad de adoptar otra. Aunque la posesion de ese caudal, os coloca en una posicion independiente y holgada, no conviene que guardéis vos mismo los papeles concernientes á vuestra genealogía, es preciso depositarlos en manos mas seguras, en las de un hombre de paz. ¿Sabéis quien es este?

—Fuera de vos, no conozco á nadie en quien poder confiar.

—Por fortuna yo conozco uno digno de confianza. ¿Queréis saber su nombre?

—Ruegós que me lo digais.

—Se llama Fouché.

—¿Cómo! Qué decis? El jefe de policía? El traidor Fouché, que en la Convencion votó por la muerte del rey?

—“Sí, Luis, porque con él solo están seguros. Fouché os protegerá y defenderá con el mismo celo con que persiguió á la familia real. Le conozco bien y respondo por él. No siempre se han de juzgar los hombres por las apariencias. Aquel que aparece hoy como nuestro enemigo, mañana quizas nos da su brazo y se hace nuestro amigo, ya porque su corazon ha cambiado, ya por debilidad de carácter. No puedo decir con certeza cuál de estas razones ha movido á Fouché, estoy, sin embargo, convencido que será vuestro protector y amigo, y que en ningunas manos estarán mas seguros que en las suyas vuestros papeles y vuestros bienes.”

No replicó Luis, dobló la cabeza, dió un suspiro y se sometió pacientemente.

El carro victorioso de Bonaparte trasmontó los Alpes y rodó por los fértiles llanos de Italia, despedazando el Austria que habia roto la paz de Campo Formio. Esto ocurrió en Marengo el 14 de junio. Pero cara compró la victoria, porque el mas bravo y leal de sus generales, Desaix, recibió la muerte en la terrible carga que decidió la batalla. En lo mas recio de la pelea, mortalmente herido, cayó en brazos de su ayudante, el cual, herido tambien, con peligro de su vida, pues pudo ser hollado por sus propios caballos, retiró el moribundo general del campo de batalla.

¡Pobre Luis Carlos! Quedó enteramente solo, muerto su último y fogoso amigo. Agobiado de pesares, abatido por la tristeza, permaneció en el hospital de sangre de Alejandria, hasta sanar de su herida. Despues ¿qué hacer? Bajo qué nombre se enrolaria en el ejército? Muerto su único protector, tambien se quedó por muerto su ayudante. Se quitó el uniforme que habia llevado de soldado de la república destructora de su trono y herencia, vistió traje sencillo de paisano y tornó á Paris, jóven desconocido.

Tenia razon Desaix; era algo la posesion de un millon de francos. Fouché le recibió exactamente como habia predicho ese lamentado general. Porque no solo se le mostró como protector que simpatizaba con sus desgracias, sino que pareció enternecerse á la vista del jóven, cuyo semblante acusaba su descendencia, siendo el vivo retrato del desgraciado Luis XVI. Quizas ese hombre sanguinario, que mandó tantos semejantes suyos á la guillotina, tenia remordimientos de conciencia, y buscaba subsanar su conducta pasada con los padres favoreciendo al hijo; quizas ideaba cortar con este los vuelos ambiciosos del primer Cónsul, si es que no pretendia desbaratar las intrigas del conde de Provenza, que movía cielo y tierra para llevar la guerra á la Francia, amenazándole con sentar en el trono á su sobrino Luis Carlos. De todos modos, el hijo de Luis XVI podia emplearse útilmente en todas las manobras políticas, reconociéndole mas adelante en público, ó denunciándole como impostor, según requiriesen las circunstancias.

Por lo pronto convenia á los planes del astuto Fouché reconocerle y aparecer como su protector. Le mostró respeto y simpatía, dióle con voz trémula y suave el tratamiento de majestad, le pidió perdon por lo pasado, y le habló en tono tan grave y con tan profunda emocion del bueno, grande y amable Luis XVI, que se enardecio de veras el hijo. Despues, cuando le habló de la noble é infeliz Maria Antonieta y celebró su belleza, su amabilidad y su entereza de carácter en la desgracia, la cólera del jóven se deshizo en lágrimas.

—Os perdono, Fouché, dijo este. Veo claro que las facciones políticas son las que os han arrastrado al mal, pero no debe ser malo vuestro corazon cuando amais la memoria de mi noble madre.

Hizo mas Fouché, se arrodilló ante el delfin, le juró fidelidad como el mas leal de sus vasallos y le prometió hacer cuanto estaba en su mano por rescatarle el trono de sus padres; pero Luis no debía obrar sin el consentimiento de su nuevo protector.

Convino en ello el delfin. Sin embargo á su vez exigió de Fouché el secreto de su nacimiento hasta tanto que Condé, su salvador, y amigo, le facultase para revelarlo y darse á conocer por hijo de Luis XVI, pues tal era la solemne promesa que le habia hecho en Colbentza.

Prometió Fouché no revelar á nadie el secreto; declaró no obstante que el primer Cónsul sabia que el hijo del rey habia sido salvado del Temple, confirmando este hecho una carta de Kleber, en que le aseguraba haberle visto y tratado, y le rogaba sentase al buérfano en el trono Frances. Habiendo hecho algunas investigaciones el Cónsul, averiguó que Luis habia concurrido á la batalla de Marengo como ayudante de campo del general Desaix, sido herido y quedándose en el hospital de sangre en Alejandria, hasta su restablecimiento. Habíase perdido toda huella del jóven desde entonces y Bonaparte habia comisionado á Fouché para que le buscara y trajese á su presencia.

—No hareis tal, gritó Luis con vehemencia. ¿Me descubriréis?

—Le temeis? repuso Fouché con sonrisa.

—Temerle? repitió el jóven con el rostro en-

sendido. Nosotros no conocemos el miedo. Pero cuando tropezamos con un león, ó nos amenaza un tigre con sus garras, huimos no por cobardía sino por instinto de propia conservación.

—Creedme pues, cuando os digo que ese león ó tigre no está sediendo de sangre real.

—No de sangre, cierto, sí de rango real. Para ello no descuidará el vencimiento de todo obstáculo que pueda desviarle del camino del trono. ¿Creéis que el hombre que despues de la batalla de Abukir, hizo fusilar 5,000 prisioneros, dudaría quitarle la vida á un jóven indefenso como yo?

—Veo que conocéis al león; con todo, tranquilizaos, que no es mi ánimo delataros. Ya habrá ocasión en que yo le muestre á Bonaparte que no me duermo en las pajas, y como puede suceder que tenga que recurrir al engaño, á fin de salvar vuestra vida, le probaré que habeis muerto. Muchos jóvenes oficiales corrieron esa suerte en la batalla de Marengo; ¿por qué no había de ser uno de ellos el ayudante de campo del general Desaix? Sí, esto es lo mejor. Os daré por muerto en el hospital de Alejandria de resultas de la herida.

—Y de ese modo habré desaparecido dos veces del mundo de los vivos. ¿No es eso?

—Sí, Sire, para entrar en uno nuevo y con mayor esplendor.

—¿Quién sabe si tal puede ser el resultado? Porque cómo establecer mi identidad si muero y me entierran dos veces? ¿Cómo probar que no soy un impostor y que toda mi existencia no ha sido mas que una mentira? Al presente solo hay unos pocos que saben y creen en la fuga del Temple y en la existencia de Luis Carlos, si esos leen la certificación en que se les anuncia mi muerte despues de la batalla de Marengo, dudarán luego de mi existencia y por poco que cambie con los años, difícilmente me tendrán por el mismo hombre. Ninguno lleva impreso en la frente el sello de la majestad y la historia nos prueba que ha habido falsos pretendientes.

—Vuestros papeles están ahí para probar la verdad de vuestros asertos. Tenedlos, ya estais en edad en que podeis guardarlos y saber su valor. Vuestros fondos están depositados en el banco de Francia, con solo firmar vuestro nombre al pié de estos recibos talonarios os los entregarán á la medida de vuestros deseos.

—Con solo firmar mi nombre, repitió Luis con amargura. Pero ¿cuál es mi nombre, señor? Antes me llamaban sobrino de Kleber, luego coronel Luis, edecan del general Desaix. Pero bajo esta última denominacion no es posible que ya aparezca, si es que habeis de vencer al primer Cónsul de la muerte de ese sugeto. ¿Bajo qué nombre pues tiraré el dinero del banco?

—Teneis sobra de razon. Fuerza es daros un nombre, ó mas bien la máscara del nombre de un ciudadano ó noble, suministraros papeles que no pueden forjarse para probar vuestra existencia y amparar vuestra persona de todo ataque.

—Muy bien. Sed el padrino del solitario y sin nombre.

—Lo haré de mil amores. Arrastrado por las pasiones políticas alcé la voz contra la vida

de vuestro padre, justo es que ahora que domina en mi la razon alce la voz en favor de la vida del hijo. Jóven, os daré nombre y rango hasta que la nacion Francesa os devuelva los vuestros verdaderos. De aquí adelante os llamareis baron de Richemont. ¿Lo aceptais?

—Lo acepto. Ser baron de Richemont es mejor al ménos que morir y ser enterrado sin nombre.

Convenidos en esto, el jóven saludó á Fouché y fuese ni satisfecho ni descontento de la larga entrevista. Cuando el ministro de policía de Bonaparte dejó de oír sus pasos en la escalera, estalló en una ruidosa y mofadora carcajada.

—Necio muchacho! dijo. Supones que Dios solo sabe lo que saldrá de tu incógnito. Te equivocas, ademas de Dios, lo sabe Fouché. Si, ese incógnito te rodeará como una red, de cuyas mallas no podrás nunca escapar. No, el baron de Richemont jamas será transformado en Luis XVII. Contigo matará dos pájaros, es decir, aguaré dos ambiciones, la del Cónsul y la del Conde, ambos de los cuales aspiran al trono. Me servirás de instrumento para amenazar cuando me amenacen. Pobre, crédulo, muchacho! Con qué facilidad caes en la trampa! De ella no saldrá nunca el baron de Richemont. Yo, Fouché, te lo aseguro.

CAPITULO XXXI.

FOUCHÉ.

A paso largo se paseaba el primer Cónsul arriba y abajo de su gabinete. Le relampagueaban los ojos, y su semblante casi siempre impenetrable, como el de las estatuas de bronce de los emperadores Romanos, descubría la fiera impaciencia y fogosas pasiones que agitaban entónces su pecho. Sus labios apretados fuertemente, se abrían de cuando en cuando y articulaban una palabra de amenaza ó de colera, que lanzaba, como saetas envenenadas al hombre que, en actitud respetuosa y pálidas mejillas se hallaba de pié no lejos de la puerta, junto una mesa cubierta de papeles.

Este hombre era Fouché, jefe anteriormente de policía de París y ahora mero miembro del Senado de la república. Había ido á las Tullerías para rogar á Bonaparte le concediese una audiencia secreta, por lo mismo que había olvidado el prefiijo *primero* de su título consular, y ya reinaba supremo y solo en Francia.

De repente Bonaparte interrumpió sus paseos y se plantó delante de Fouché y le clavó la vista, cual si quisiera traspasarle el corazón con los ojos convertidos en dagas buidas. Pero el antiguo jefe de la policía no reparó en ello, dado que no alzó la vista del suelo, ni advirtió al parecer que tenia tan cerca al iracundo Cónsul.

—Fouché, le dijo con impetuosidad, os conozco y no me engañará ese aire de indiferencia que afectais. Ya sabreis que no os temo á vos, ni á todos los espíritus del otro mundo que traigais á este. Os figurais que me asustais, y lo que pretendéis es que os pague caro por el secreto. Os equivocais medio á medio. No hay visiones que me espanten, de consiguiente no daré un céntimo por la solución de un enigma que espero resolver sin vuestra ayuda. Vendedor de secretos, ojo alerta! Te-

neis espías, yo tengo mi policía y estoy al corriente de todo cuanto ocurre. Se sabe, señor mio, que llevais correspondencia con gentes fuera del país, ¿lo entendeis? con gentes fuera del país.

—Cónsul, repuso Fouché sereno, ignoraba que la república prohibia á sus fieles servidores...

—No consentirá jamas la república, le interrumpió Bonaparte con voz tonante, que uno de sus servidores se cartee con sus enemigos. Callad! No hay que andarse con evasivas y circunloquios. Hablemos en plata. Os correspondéis con el conde de Provenza.

—Sabeis eso, Cónsul, porque he tenido el honor de entregaros una carta que el pretendiente me incluyó para vos.

—Carta ridicula y disparatada por cierto, carta en que ese tonto me pide le traiga á Francia, llevando su necesidad hasta decirme que deja á mi eleccion el puesto que he de ocupar en su gobierno. A fé, que un idiota no escribiría semejante papel. ¡El puesto que deseo ocupar en su gobierno! Bien, lo haré así; pero no quedará cerca de mí lugar para los Borbones, quienes ha escupido la Francia, lo mismo que se escupe el veneno mortal. Esa odiosa y débil familia, mientras yo viva al ménos, no volverá al poder. Francia le ha vuelto la espalda; la aborrece, está decidida á levantar un nuevo edificio de poder y gloria en el cual no hay cabida para ninguno de los Borbones. Tened esto presente, señor tramoyista, y no fabriqueis mas castillos en el aire. Exijo de vos una confesion completa ú os acuso como traidor y realista.

—Cónsul, no rechazaré la acusacion, estando persuadido que la Francia seguirá con interes el curso de un juicio que ha de rasgar el velo de un importante secreto, donde se verá, que el rey verdadero, segun la opinion del cónsul Bonaparte, no murió en el Temple á manos del caritativo Simon el zapatero remendon, sino que está vivo, y es, por consiguiente, el heredero legítimo de la corona. De seguro que eso daría gozo á los realistas.

—Yo trocaré en llanto y lamentos el júbilo de los tales realistas, exclamó Bonaparte en voz de trueno hiriendo el suelo con el pié repetidas veces y muy en jado. Enseñaré á todos los enemigos de la Francia que porto espada y que la emplearé lo mismo contra los de fuera que los de casa. Francia me ha dado esa espada y no la soltaré así viniesen á pedírmela los reyes de Europa de consuno con los Borbones que yacen en las bóvedas de San Dionisio. Soy, en suma, la espada viviente de la heroica Francia y no se inclinará jamas ante el cetro de un Borbon. Primero florece el báculo del peregrino en el desierto, que nazca el cetro de un Borbon de la espada de Bonaparte, llámese Luis XVII ó Luis XVIII. Tened tambien esto presente, Fouché, y no olvidéis que cuando yo digo, lo quiero, sé hacer que se cumpla mi voluntad, aun cuando ose oponerme el mundo entero.

—Lo sé, dijo Fouché con deferencia. Dios os ha concedido, para el bien de la Francia, una voluntad de hierro y un cerebro de fuego, destinándoos para llevar no solo laureles sino coronas.

Chispearon de nuevo los ojos del Cónsul, que

buscaron los de Fouché, como para leer en su pecho; pero este bajó los suyos, y no pareció notar nada, ni manifestó inquietud ó embarazo.

—Habeis hecho uso de una palabra impropia, le dijo Bonaparte tranquilo, yo soy el primer servidor de la república, en que no hay coronas.

—¿Ni cívicas, general? preguntó Fouché sonriendo á medias. Pues yo me referí á esta especie de coronas, las cuales son aceptables en todas partes. Ninguna cabeza la ha merecido mas que la del noble cónsul Bonaparte, quien ha hecho la Francia digna rival de su hermana los Estados Unidos del Norte América.

—Bien sabe Dios, replicó Bonaparte alzando la cabeza, que no ambiciono ser el Washington de Francia.

—Sin embargo, lo sois ya, general; añadió Fouché con sonrisa. Solo que el Washington de Francia no vive en la Casa Blanca edificada por la república, sino en el palacio de las Tullerías, que ha recibido como heredero de los reyes Franceses, por ser el mas digno, el mas grande y el mas poderoso de los llamados á la herencia. De ésta forma parte la corona de Francia, ¿por qué habríais de rehusarla si aceptais el resto?

—¿Qué diriais si os mostrase que no la queria? ¿Qué diriais si os observase que yo no me juzgo digno de aceptar á ojos cerrados la herencia de los Borbones? Seriais tan insensato y necio que creyeseis esa patraña?

—Cónsul, habeis hecho ya tantas cosas admirables, habeis reducido á la realidad tales encantos, que no juzgo nada imposible para vos, tan luego como poneis la mano encima.

—Esa es sin duda la razon porque teneis oculta la varita de un mágico. Os proponéis sacarla y presentármela, como se le presenta la cruz al diablo, así que llegue el momento decisivo.

—No os entiendo, Cónsul; contestó Fouché con el aire mas inocente del mundo.

—Bien, me explicaré. La varita del mágico á que me refiero y que suponeis oculta para mí, es Luis XVII. Ah! No sacadais esa cabeza de zorra, no lo negueis con los labios de seda, que ántes pronunciaron la sentencia de muerte de Luis XVI, y que hoy empleais en hacerle creer á un tonto, pretendiente por añadidura, que él es el hijo del rey asesinado. Verdaderamente, es cosa ridicula. El regicida quiere subsanar su culpa inventando una fábula y convirtiendo un maniquí en rey.

—General, no hay fábula ni maniquí, replicó Fouché en tono amenazador. Esta vivo el hijo del desventurado rey, y...

—O!a! le interrumpió Bonaparte con aire de triunfo, ¿luego confesais, luego revelais vuestro gran secreto? He arrojado de su cueva á la astuta zorra y ya puede empezar la caza. Os prometo que será muy animada y que no pararé hasta desollar la pieza, ó...

—¿Hasta que diga *pater peccavi*? preguntó Fouché con amable sonrisa.

—Hasta que me entregue el trampantojo que quiere usar como su *Deus ex machina*. Señor mio, de nada os vale empezar de nuevo el sistema de mentiras. La cólera os ha traicionado, por donde he conseguido atrapar la